



Adolfo Carrillo

Oro y sangre

La mañana del 5 de enero de 1849, nevó copiosamente en el vallecito de los Madroños, situado entre las montañas de Iolo y Tolomé, que le cierran el paso de occidente a poniente, encerrándolo en un nicho de esmeralda y grana. El arroyo del Pájaro, que serpenteando lo cruza, aparecía congelado y silencioso, deslizándose muy quedo, bajo las densas capas de nieve que le visten en nívea blancura. Las avejillas selváticas, atareadas en sacudir de su plumaje los blancos copos, se olvidan de saludar al sol naciente con sus trinos acostumbrados, y las que no agitan las alas del polvo glacial, buscan en los troncos de la arboleda las gordas larvas que inviernan en las raíces.

Los únicos signos de vida en el escueto valle son dos columnatas de humo que ascienden retorciéndose en el espacio: la una, la del centro, sale del molino de Sutter, a las márgenes del riachuelo; la otra, despréndese de la chimenea de una casquilla blanca, a medio ocultar entre un bosquecillo de viejos sicomoros, cuyo deshojado ramaje besa la húmeda tierra.

De la casita blanca surge una linda muchacha, y al salir, mira furtivamente en todas direcciones, cual temerosa de que alguien la viera. Luego, encaminándose presurosa a un apartado seto, saca de un montoncillo de hojas secas varios objetos que relumbran a la débil y temblorosa luz solar, poniéndolos en su delantal; y arremangándose graciosamente las faldas, la muchacha dirígese hacia el molino. Ya casi a las puertas vuélvese a detener, vese en un espejito, y arreglándose la rubia cabellera, llama resueltamente a la puerta, recibéndola en los dinteles un joven de mediana estatura, ojos verdes y color bronceado.

-¡John, John! -gritó la joven alborozada-. Aquí te traigo lo que te prometí anoche. Ya nos podemos casar ahora. ¡Mira, mira!

Al extender el delantal, Altagracia dejó caer pepitas y tejos de oro de todas formas y tamaños. Uno, el más grande, simulaba un corazón dorado, clareado de parte a parte con un agujerillo áurico.

John Marshall -así se llamaba el mancebo- abalanzose sobre el oro atropellando a la muchacha, que retrocedió amedrentada, al verle transfigurado. Y mientras él manoseaba

y besaba las pepitas, ora agarrándolas, ora soltándolas en convulsivas manos y ojos saltones, cual si fueran a escapar de las órbitas. Altagracia entristecida miraba y remiraba a su amante con más asombro y estupor, maravillada de que unas cuantas piezas de relumbrosa materia, de frío metal, tuvieran ante los ojos de su novio mayores fascinaciones que sus frescos labios, sus ardientes ojos y sus mejillas de rosa.

Y espantada de lo que había presenciado, o tal vez desilusionada, quiso huir, alejarse para siempre, o morir allí en su camita de blanco pino, junto al retrato de su madre doña Jesusita, que dormía el sueño eterno bajo la sombra de dos melancólicos abedules. Mas la mano brusca de John la detuvo asiéndola con fiereza y diciéndole:

-¡Ah!, se me había olvidado besarte. ¡Venga un beso! -Mas ella esquivó la faz, forcejeando por alejarse. ¡El amor había muerto para siempre jamás en su alma! El contacto con John, el roce de sus carnes con las suyas, su voz misma le eran ya repulsivos; y esa reacción de una psicología para ella ignota, impidió que sus grandes y zarcos ojos se arrasaran de lágrimas.

Marshall la hizo entrar a las habitaciones del molino. Sutter, su dueño, había ido a invernar a Monterey, y John vivía solo, con dos chinos que le servían de criados. Sentados ambos en la gran sala, John mandó a los mongoles que pusieran más leña en la chimenea y sirvieran el desayuno. Un pobrecito canario, con el amarillento plumaje henchido de frío, languidecía en su jaula colgada en la ventana, en tanto que un gran perro danés, atado de una cadena, aullaba de cuando en cuando, causando estremecimientos de pavor a la muchacha, que había declinado el desayuno.

Entre tanto, John jugueteaba con el oro, lo apretaba y lo frotaba, un tejo con el otro, una pepita con la otra, aventándolas, soplándoles la arena de la opaca superficie. Por fin, sacó un lápiz y se puso a hacer anotaciones con la abstracción de un químico que analiza diversos componentes de un cuerpo físico. Altagracia se levantó queriendo salir; mas él la volvió a retener, interceptándole el paso.

-Sabes, my dear girl, ¿cuánto vale este oro que me has traído? -dijo John, con voz metálica y silbante. Y sin dar tiempo a que la muchacha respondiera, prosiguió:

-¡Mil dólares! Me vas a decir ahora dónde los hallaste. No hay que perder un solo momento. Si otros saben los tesoros que hay por aquí, vendrán por millares de millares. Después de la guerra con México, California se está llenando. ¿Y qué sucederá cuando sepan que hay oro a montones?

-¡John!, yo te amaba con toda el alma, con todo el corazón, y por ti hubiera dado gustosa la vida. ¡Mas ahora te desprecio y doy gracias a Dios de que no hubiera permitido el unirme a ti, a ti que perteneces a otra raza que prefiere el oro al amor, la riqueza a la dicha, los dólares a los besos!

Y quitándose colérica el anillo que John en una ocasión le diera, lo arrojó por el suelo, yendo a rodar a las patas del gran sabueso danés, que de nuevo se echó a aullar, atronando la gran sala con sus aullidos.

Marshall se adelantó, y avanzando furioso sobre la muchacha, amenazándola con los puños, vociferó:

-Dime dónde están las minas y mañana mismo nos casamos. Apresúrate antes que alguien llegue. Hoy espero al señor Sutler.

Luego, cambiando de tono, dio a su ronca voz un timbre meloso, acariciante, suplicatorio, cayendo de hinojos ante ella.

-For God's sake!, ¡por la memoria de tu madre!, dime dónde está el oro. Después de casados nos iremos a Europa, a Nueva York, donde tú quieras. ¡Habla, Altagracia, habla!

El perro seguía aullando y los copos de nieve cayendo. De repente, el canario cayó al fondo de la jaula, moribundo. La muchacha corrió hacia el pajarillo, y sacándolo de su dorada prisión se lo echó al seno para calentarlo, sollozando:

-¡Pobrecillo! Has perdido a tu amante como yo al mío. En seguida, tornándose a Marshall, díjole, con esa exquisita ironía de la que sólo es capaz una mujer burlada y decepcionada:

-¡No, John! Todo ha terminado entre nosotros. El oro que quieres, que es tu Dios y lo fue de tus padres, lo hallarás a la margen derecha del arroyo. Escarba y encontrarás los tejos. ¡Qué digo!, aquí mismo, bajo el molino, todo se halla empedrado con oro. Déjame ir ahora. Ya sabes que mi padre está muy enfermo. ¡Adiós!

Silencioso, John la había escuchado, sin perder una sílaba. En su alma habíase entablado fiera lucha: la del amor contra el oro, la del corazón contra el cerebro. Y en la contienda salió victorioso aquél. Pero fue demasiado tarde. Afrodita habíase transfigurado en Galatea.

Y viendo que sus súplicas y sus ruegos no hacían mella en la muchacha, y en momento enajenativo y delirante, dióle muerte de un pistolazo, enterrándola bajo los cimientos del molino. Cerca de éste, elévase ahora la estatua de John Marshall, el descubridor del oro, teniendo como bajo relieve en bronce un sabueso danés...

Todo ese día el anciano don Julián, padre de Altagracia, esperó en vano el regreso de la muchacha, que era todo su querer y único amparo. La mañana siguiente se levantó como pudo, y casi arrastrándose, dirigióse hacia el molino. Marshall salió a recibirle; había en los ojos de éste un fuego extraño, y siniestra lividez en su semblante. ¿Era el mismo joven de ayer o había envejecido en veinticuatro horas?

-¿Qué busca usted, don Julián? -preguntó al anciano con voz ronca e imperiosa.

-Pues ando en busca de mi muchacha, don Juan. ¿No la ha visto usted por aquí?

-¡No! Yo creo que se fugó con algún mexicano. ¡Váyase!, ni con ella ni con usted quiero tener nada. ¡Váyase!

Y esto diciendo, Marshall cerró estrepitosamente la puerta, dejando al señor Estudillo afuera, perplejo y lloroso. De repente, éste se inclinó recogiendo una pepita de oro que brillaba al pie de un rosal. Al tocarla y esconderla en su blusa, las facciones del vejete se iluminaron, endureciéndose en crispaciones de odio y de venganza. En seguida, cojeando y resbalando en la escarcha, volvió a entrar a su humilde casuquita. Una vez en ella, abrió un baúl apolillado, en cuyo fondo yacían pólvora y balas. Después de cargar la carabina, que se hallaba a las espaldas de su catre, arrodillóse ante un crucifijo que pendía de las paredes, murmurando fervorosas plegarias. Y desde entonces veíasele vagar por el solitario valle, o bien pasando las horas, escopeta en mano, agazapado en los matorrales.

E invisible en el bosque, el viejo Estudillo presenció, siempre en acecho, la primera invasión de los gambusinos y buscadores de oro, que llegaban a pie o cabalgando en mulas y caballos. En su mayoría hombres barbudos y güeros de colosal estatura y rufianesco talante, armados todos con rifles y cuchillos de monte, y todos cargando picas y azadones. Deteníanse de trecho en trecho, y sentándose en círculos, prendían fogatas cocinando y hablando en todos los idiomas. Otros cortaban árboles construyendo pequeñas habitaciones, escarbando la tierra en todas direcciones en busca del precioso metal. Con frecuencia reñían unos con otros, cayendo sin vida no pocos, que eran sepultados precipitadamente con un réquiem de juramentos y risotadas. El valle tranquilo y seráfico de ayer, era hoy un pandemónium, un infierno de pasiones desencadenadas y bestiales, donde los más fuertes y codiciosos aplastaban a los más débiles, exhibiendo como trofeos pepitas de oro y corazones que chorreaban sangre.

Pavoridos, los pájaros habían huido volando hacia el sur, en tanto que las ardillas, no menos amedrentadas, brincaban de pino en pino, correteando veloces hacia los lejanos cerros coronados de nieves eternas.

¡Paso al hombre! ¡Paso a la imagen de Dios!

Noche por noche, cuando las sombras apagaban los ruidos y las fogatas chisporroteaban, escuchábase el detonar de un arma de fuego, y al amanecer algún gambusino aparecía muerto, víctima de misteriosa y certera bala. Al principio, creyose que fuera efecto de reyertas nocturnas, de duelos mortales entre uno y otro rufián. Mas en vista de que los cadáveres no eran robados, dio pábulo en los campamentos a conjeturas diversas. En vano fue que los gambusinos organizaran un comité de vigilantes: los asesinatos nocturnos continuaban humedeciendo con su sangre las auríferas vetas.

Es que la escopeta de don Julián Estudillo no descansaba nunca, siempre fiel a manos del vejezuelo. Cada vez que apretaba el gatillo, sus sanguinolentos ojos chispeaban, y cuando el tiro daba en el blanco, exclamaba jubiloso:

-¡En memoria tuya, Altagracia! ¡Ya van treinta! ¡El último cartucho lo dejo para Marshall! ¡No escapará, duerme en paz, hija mía!

Una vez, empero, don Julián fue sorprendido en el acto, y en menos de diez minutos su cadáver se columpiaba del mismo sicomoro donde se había mecido la cuna de Altagracia. El último vástago de la familia Estudillo, había desaparecido de la faz dorada y ensangrentada de California.

Con el transcurso del tiempo John Marshall había llegado a ser un millonario, fincándose un suntuoso palacio en la calle de Polk, del puerto de San Francisco. Y en sus dorados recintos, condujo triunfalmente a su encantadora mujer, una inglesita rubia, esbelta y sentimental. Algo como la rapsodia viviente de un Tom Moore. Ella tenía 18 años; su marido 52. Y por eso la luna de miel fue borrascosa y breve: Helen encontró un amante; John, una querida. Y entre la querida y la esposa, los millones se fueron yendo, y con ellos los dos únicos afectos del millonario Marshall.

Un día su mansión fue rematada en pública subasta: un lienzo de Rembrandt, por el cual había pagado en Londres doscientos mil dólares, fue vendido en cinco mil a madama Gabriela Dubois, la sensual Mesalina del Chat Noir del barrio latino, y los costosos bibelots, traídos desde Tokio, Bruselas y París, rematáronse en irrisoria cantidad al israelita Cohn de la avenida Van Ness.

De pie, ebrio de whisky y abrumado de negros recuerdos, John Marshall contempló el vacío que el destino había hecho en su torno, atropellándose en su mente las evocaciones de un pasado sin presente, de un presente sin futuro, de un futuro sin esperanzas ni ilusiones. Y fue entonces cuando sus cansados ojos hubieron de arrasarse en lágrimas, apareciendo allá, en lontananzas de luz crepuscular, la imagen tierna y dulce de Altagracia, esperándole con un ramo de flores, bajo la sombra del copudo madroño donde se citaban, se veían y se besaban.

Ella resurgía en nimbo angelical, con purezas de rosa que abre su corola, contenidas y perdidas en exquisitas melancolías.

¿Imaginose que una de sus manos goteaba sangre, o de hecho caían las gotas -¡chis, chis, chis!- en el desnudo y terso entarimado de caoba?

Presa de esa terrible obsesión, sacó la pistola con la mano izquierda, disparando a quemarropa sobre la diestra...

El valle de Iolo tornó a recobrar su pastoril reposo, mas la cicatriz había sido tan honda, que no era ya ni la sombra de lo que un tiempo fuera. Los árboles habían

desaparecido y el arroyo, que piadoso había ocultado en blando lecho, por siglos de siglos los tesoros del mundo, aparecía reseco y cuajado de espinosas matas, albergue de grillos y viborillas. Los cerros mismos desnudos de arboledas, perfilábanse agobiados en siluetas graníticas, rajadas aquí y allá por la dinamita de los mineros y buscadores de oro.

La profanación de la obra plástica y bella de la Madre Naturaleza había sido completa: el cazador y el viajero, al pasar por esa desolada región, apresuraban el paso temerosos del piquete de un áspid, o de uno de tantos venenosos insectos que anublan la atmósfera en sus sempiternos vuelos.

Del molino Sutter solamente queda un montón de escombros, por entre cuyas derruidas paredes, escabúllense presurosos los zorrillos, saturando el ambiente de pestíferas y azufrosas emanaciones.

Y en ese yermo trágico, dejado de la mano de Dios, vagó cual alma en pena, de 1856 a 1869, habitante en mísera choza, John Marshall, el descubridor del oro en California en 1849. Habíase dejado crecer la barba y el cabello, andurriando vestido de piel de oso y sin sombrero. Frente a su choza había plantado un jardín y un huerto, con agua traída desde las cumbres de Iolo. Con nadie hablaba, a nadie pedía nada. Muchas veces, y al pardear de la tarde, veíasele arrodillado al pie de las ruinas del molino, levantando los brazos al cielo en convulsivas plegarias. Volvía luego a su jardincillo, y antes de tenderse en la dura tabla que le sirviera de lecho, cortaba una rosa de la mata que en 1848 plantara Altagracia, y con ella dormía acercada a los labios, cubierto el semblante de un velo de canas y de lágrimas, interrumpido en pulsaciones lacerantes de remordimientos. Y fue enterrado con la flor que tanto amara: es decir, ¡con el recuerdo purísimo del amor de sus amores!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo